

# Umbral, evocado por sus compañeros

Escritores y periodistas recuerdan en una mesa redonda de los Cursos de Verano de El Escorial al hombre «que narró la Historia de España con lenguaje soberano»

**MARTA MEDINA / El Escorial (Madrid)**  
No hay más que palabras de elogio para Francisco Umbral. Y proceden de las bocas de quienes fueron compañeros de profesión, caso extraño en un mundo de yoes hiperdesarrollados. «Es imposible superar a un genio», sentenció ayer el heredero de su columna en EL MUNDO, Raúl del Pozo, durante una mesa redonda del curso *De Larra a Umbral* que se celebra en los Cursos de Verano de la Universidad Complutense en El Escorial.

«Fue un periodista sin carné que narró la Historia de España con lenguaje soberano». Así lo describió ayer del Pozo. Así, y como el último grande, continuador de la estirpe del romántico Larra, del espía Plá o del maestro Ruano; un músico de las letras y un sempiterno rebelde con independencia de ser el objeto de premios o de críticas.

Umbral fue el plumilla callejero y nocturno del Café Gijón, que llegó a Madrid con tan sólo una cartera llena de papeles, direcciones y pastillas para la garganta, y que se adueñó de las páginas de los grandes diarios nacionales, desde *Diario 16* a *El País* o EL MUNDO, donde dejó su última huella.

Sólo le faltaron 39 años para que el país se diese cuenta de la rareza y peculiaridad de su especie, de que a través de sus columnas se podía recorrer la historia de España, como opina la autora francesa Bénédicte de Buron-Brun. «Con Umbral descubrí la literatura francesa», afirmó, y recordó que el madrileño era un admirador incansable de Proust y de Baudelaire. Además, invocó las facetas más olvidadas de quien también fue poeta, filósofo y pensador.

Pocos se atreverían a discutir hoy la singularidad del autor de *Un carnívoro cuchillo*, un hombre que «escribía cinco o seis artículos a la semana, todos magníficos y repletos de florilegio y mala leche», como afirmó Manuel Hidalgo, quien también compartió tiempo y tertulias con el escritor en la redacción de este periódico.



De izqda. a dcha., César Antonio Molina, Bénédicte de Buron-Brun, Raúl del Pozo, Manuel Hidalgo y Juan Cruz. / A. DI LOLLÍ

«Es imposible superar a un genio», sentenció el heredero de su columna, Raúl del Pozo

«Se necesita un talento mayor para escribir una columna en media hora», dispuso Hidalgo durante su intervención en la que también elogió a un emocionado Del Pozo, al que considera heredero de Umbral no sólo por ocupar «el piso» que dejó Umbral, sino por considerarle «el más brillante de todos los columnistas» de la actualidad. Desde que Hidalgo leía a Umbral en el colegio han pasado cuatro décadas en las que Umbral

«no ha dejado de ser el primero». Fue blanco de la ignominia por no ser coherente, por acercarse a la izquierda primero, a la derecha después, por pensar un día esto y al siguiente lo otro. Pero es que «la vida es incoherencia y tenía que ser así, porque así es el ser humano».

Porque a pesar de la creencia popular —«y estúpida»— de que los columnistas escriben sobre sí mismos como un ejercicio de adoración, para Hidalgo la columna es más un reflejo de los demás visto a través de uno mismo. «Cuando Umbral escribía una columna creía estar dando una noticia», evocó el canario Juan Cruz. «Buscaba en la calle lo que estaba naciendo» y lo plasmaba con sentido del humor. Mientras unas firmas crispaban y despotricaban, la sátira y la

chanza de Umbral combatían «la cólera del español sentado», apuntó Cruz.

A pesar de la destreza y velocidad con la que el madrileño tejía sus columnas, «era una pausa en el periódico», un mago de las palabras que desechaba una idea en pos de la belleza de una palabra que debía ocupar su lugar simplemente porque sí. Y esa palabra cambiaba al ritmo de las ocho caras de Umbral, que unas veces se sentía *gildebiedmiano*, otras *baudeleriano* o *proustiano*. Tenía sus influencias, como buen conocedor de la literatura, pero las hizo suyas y se convirtió «en un grande», coincidió el escritor y ex ministro de Cultura César Antonio de Molina. Grandes los elogios de sus compañeros y más grandes los aplausos de un público, el de Umbral.

El director de la RAE inaugura los cursos de Aranjuez

**N. ZAMIATOWSKI / Aranjuez (Madrid)**  
Víctor García de la Concha dio ayer en el Palacio Real de Aranjuez el pistoletazo de salida a los Cursos de Verano organizados por la Fundación de la Universidad Rey Juan Carlos en esta localidad madrileña. El filólogo y director de la Real Academia Española desde 1998 hizo un recorrido por el desarrollo de nuestra lengua a través de la historia en un discurso bajo el lema *El castellano que se hizo español*.

De la Concha hizo alusión a Ortega y Gasset y a Gonzalo de Berceo como fieles contribuyentes a la fidelización de la implantación del castellano en España. «Hoy la mayoría de filólogos decimos que el castellano era una lengua de todos y de nadie», afirmó De la Concha, quien continuó diciendo que el dialecto castellano, de clases bajas, se fue enriqueciendo a lo largo de la historia con otros dialectos como el gallego, el aragonés o el riojano.

El director de la RAE, en presencia de Pedro González-Trevijano, rector de la Universidad Rey Juan Carlos; Ricardo Martí Fluxa, presidente del Consejo Social de la URJC; José Pérez de Vargas, director de la Fundación URJC; Yago Pico de Coaña, presidente de Patrimonio Nacional; y Jesús Miguel Dionisio Ballesteros, Alcalde de Aranjuez, recaló el carácter mestizo del castellano, al decir que «se extendió sin imposición por la ausencia de prejuicios nacionalistas, algo que permitía recurrir a una u otra lengua».

Este año la oferta de Aranjuez está conformada por 24 cursos que finalizarán el 30 de julio. Entre los ponentes que pasarán por Aranjuez, destacan Miguel Ángel Moratino, María Teresa Fernández de la Vega, José Bono, Esperanza Aguirre, Manuel Chaves, Mariano Rajoy, Baltasar Garzón, Ernesto Sáez de Buruaga y Rosa María Calaf, entre otros.

## Martín Gaité, 10 años después

LUIS ANTONIO DE VILLENA

A punto de cumplirse 10 años del fallecimiento de Carmen Martín Gaité (1925-2000), que murió aquel 22 de julio en Madrid con 74 años, es grato recordar a Carmiña o Calila (como la llamaban muchos de sus amigos) en los últimos tiempos, a menudo acompañada por Paco Nieva, siempre con gorritos, boinas, medias y echarpes peculiares, que le daban un aire entre bohemio, estrafalario y tronadamente encantador, con su canosa melena. Un día pasaba yo con ella junto al viaducto (veníamos de un homenaje a Rosa Chacel), antes de las oprobiosas y feas mamparas, y Carmen me dijo de repente: «¿Qué, nos tiramos?». Miramos desde uno de los balconillos y decidimos: «Por supuesto, pero otro día». Y nos reímos mucho y nos fuimos a beber a Chicote.

Carmiña parecía a veces seria y hasta con un punto duro, pero tratada de cerca tenía mucho encanto. Era una gran narradora (que prefería las novelas con argumento a medias, las que quedan abiertas, sin resolver), una poeta casi en secreto, con mucho gusto por la poesía, y una erudita que conocía bien los meandros de la buena investigación, como mostró en su excelente libro *El proceso de Macanaz. Historia de un empapelamiento* (1969), corregido 30 años después. Otra vez le dije a Carmen —aun sabiendo lo delicado del asunto— que un lector joven de los primeros 70, prefería con mucho *La ciudad y los perros* de Vargas Llosa a su *Entre visillos*, por más que fuera una novela muy bien escrita. Encajó el golpe y recuerdo que contestó: «La llegada de los autores del boom bloqueó años a muchos novelistas españoles».

Era normal, vieron en su propia lengua cosas mucho más atrevidas y novedosas. Pero gracias a ese *parón*, Carmen pudo investigar el siglo XVIII, y luego hacer otras novelas excelentes y muy suyas, pero con aire más abierto, como *Lo raro es vivir* o *Nubosidad variable*, entre otras, que se abrieron quizá con *El cuarto de atrás*.

De alguna manera, Carmiña (sus vinculaciones gallegas no eran familiares, como algunos creen, sino que venían de sus veraneos juveniles en un pueblo de la montaña cercana a Orense) fue la narradora de lo maravilloso cotidiano, del existencialismo vital tomado como perplejidad y no como tragedia, aunque bien conocía ella los golpes y sinsabores del vivir —perdió a sus dos hijos, Marta ya mayor— aunque también ese extraño y raro milagro de seguir a flote a pesar de las tor-

mentas y de los remolinos o vórtices que a todos nos arrastran y tierran más de un día...

La Martín Gaité novelista no necesita defensa, está muy viva, como Anagrama entendió muy bien. Pero la poeta (Plaza & Janés antologó sus *Poemas* en una cuidada edición póstuma) sorprenderán a más de uno, aunque fueran de muy poca ocasión: «*Tienes frío, estás solo, y hay que esconder el miedo. Echa hilo a la cometa de la noche, que aún queda algo de viento*».

Pero no merece menor atención la veta ensayística de Carmen, que jamás la abandonó y que fue, claramente, su vocación estudiantil. Ya he mencionado el gran trabajo sobre Macanaz y no será malo recordar ese libro aménisimo y cierto que es *Los usos amorosos del siglo XVIII en España*, que a la postre fue también su tardía tesis doctoral. En Carmen (y en su literatura) uno conoce de primera y docta mano el salobre sabor de la vida y se alegra de estar aquí, pese a tanta suciedad, aunque no deje de preguntarse como *Lemaza Lima*: «¿Para qué habré venido?».